

ROMPIENDO BARRERAS: COMPARATISMO Y CARTOGRAFÍAS LITERARIAS EN AMÉRICA LATINA

Eduardo Coutinho¹

Resumen: Ha surgido en las últimas décadas un interés cada vez mayor por las relaciones entre Brasil y los países hispanoamericanos en el nivel económico, social y político. Sin embargo, estas relaciones son todavía tímidas en la esfera de la cultura, y especialmente en la producción literaria. No son muchos los estudios que abordan a la literatura brasileña y la de los países hispanoamericanos, buscando establecer un verdadero diálogo entre ellas. En el campo de la historiografía literaria, la cuestión es aún más compleja. Con todo, han surgido recientemente algunas historias marcadas por una nueva concepción del género historiográfico y por una perspectiva comparatista que se caracterizan sobre todo por un fuerte sentido de inclusión y que han conquistado un espacio más expresivo en las letras del continente. En este ensayo, tejeremos consideraciones sobre esta nueva historiografía y sobre las contribuciones que ella ha portado a los estudios literarios latinoamericanos.

Palabras clave: América Latina; Comparatismo; Estudios Literarios; Nueva Historiografía.

Resumo: Tem surgido nas últimas décadas um interesse cada vez maior pelas relações entre o Brasil e os países hispano-americanos nos planos econômico, social e político. Entretanto, estas relações ainda são tímidas no que diz respeito à esfera da cultura, e particularmente da produção literária. Não são muitos os textos que abordam a literatura brasileira e a dos diversos países hispano-americanos, buscando estabelecer um verdadeiro diálogo entre elas. No plano da historiografia literária, a questão é ainda mais complexa. Mas nessa área têm surgido recentemente algumas histórias, marcadas por novas concepções do gênero historiográfico e por uma perspectiva claramente comparatista que se caracterizam sobretudo por um forte sentido de inclusão e que vêm conquistando

¹ Professor Titular Emérito de Literatura Comparada da Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), onde exerceu também, de 1990 a 1994, a função de Diretor Adjunto de Pós-Graduação. Além de sua atividade docente na UFRJ, tem sido Professor Visitante em diferentes universidades no Brasil e no exterior (La Habana, Cuba; Córdoba, Argentina; Bochum, Alemanha) e Distinguished Visiting Professor na University of Illinois-Urbana/Champaign, EUA. Foi Vice-Presidente da Oficina Literária Afrânio Coutinho (OLAC) e da Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Letras e Linguística (ANPOLL), e membro do Conselho de Cultura do Estado do Rio de Janeiro. É membro fundador e Ex-Presidente da Associação Brasileira de Literatura Comparada (ABRALIC), Ex-Vice-Presidente da Associação Internacional de Literatura Comparada (AILC/ICLA), membro do PEN Clube Internacional, Membro da Academia Carioca de Letras e Consultor Científico de diversas agências de fomento à Educação (CAPES, CNPq, FAPERJ, FUIJB).

um espaço cada vez mais significativo nas letras do continente. Neste ensaio, teceremos algumas considerações sobre essa nova historiografia e sobre as contribuições que ela tem trazido para os estudos literários latino-americanos.

Palavras-chave: América Latina; Comparatismo; Estudos Literários; Nova Historiografia.

Ha surgido en las últimas décadas un interés cada vez mayor por las relaciones entre Brasil y los países hispanoamericanos en el nivel económico, social y político. Sin embargo, estas relaciones son todavía muy tímidas en la esfera de la cultura, y especialmente en la producción literaria. No son muchos los estudios que abordan más de cerca la literatura brasileña y la de los países hispanoamericanos, focalizando por una perspectiva comparatista sus semejanzas y diferencias, de modo a establecerse un verdadero diálogo entre esas voces. En el campo de la historiografía literaria, la cuestión es aún más compleja, a despecho de la existencia de reivindicaciones como la de Henríquez Ureña que, al publicar su *Corrientes literarias en América Latina*, ya en la década de 1940, incluye a Brasil en el conjunto. Con todo, en esa área han surgido, desde fines del siglo XX al presente, algunas historias marcadas por una nueva concepción del género historiográfico y por una perspectiva claramente comparatista que se caracterizan sobre todo por un fuerte sentido de inclusión y que han conquistado un espacio cada vez más expresivo en las letras del continente. En esta ponencia, tejeremos algunas consideraciones sobre esta nueva historiografía y sobre las contribuciones que ella ha portado a los estudios literarios latinoamericanos.

La relación entre discurso literario e identidad nacional, aunque pueda parecer natural o inevitable, es una construcción relativamente reciente. Así como el concepto de “nación”, identificado a “estado-nación”, que es visto hoy día como una creación del siglo XVIII, la noción de “literatura nacional” se originó en fines del mismo siglo, particularmente con los románticos alemanes, que divulgaron la idea de que una literatura se define por su afiliación nacional, y por el hecho de que debe incorporar lo que se comprendía como las características específicas de una nación. La premisa que subyace a esa visión es la de que la humanidad se divide en grupos homogéneos, aunque distintos los unos de los otros, y marcados por un conjunto único de valores y preocupaciones, que constituyen el “carácter nacional” (Corse, 1997, p.1-17). Este conjunto de ideas nacionalistas los condujo a la ilusión de que tanto la nación como las literaturas nacionales son hechos naturales, que surgieron sin la interferencia de individuos específicos. Contrarios a esta postura, que dominó durante casi dos siglos, teóricos recientes, dedicados a la cuestión, buscan demostrar que las naciones son, para emplear la expresión de Benedict Anderson (1983), “comunidades imaginadas”, creadas en contextos

históricos específicos y asociadas a intereses políticos de grupos determinados, y que las literaturas nacionales son construcciones elaboradas para sostener la identidad de una nación y conferirle un *status* necesario para su proyección en la arena de las disputas internacionales.

Si las literaturas nacionales, en vez de reflejos de un supuesto “carácter nacional”, son, en realidad, construcciones que no sólo contribuyen, sino juegan un rol importante en la formación de una nación – y aquí hágase mención a Huxley (1959), que ha afirmado que “las naciones son en gran parte inventadas por sus poetas y novelistas” – los dos conceptos se encuentran estrechamente relacionados, y son incluso interdependientes: las literaturas nacionales son al mismo tiempo productos y constituyentes parciales de la nación y de su sentido colectivo de identidad nacional. A eso se sigue que cada literatura nacional irá constituirse a la diferencia de otra u otras, y consolidarse a través de un canon, cuya base histórica es el nacionalismo, y cuya principal preocupación es su singularidad. Sin embargo, como este canon se define con referencia a otros, también evidentemente mutables, y esta referencia también cambia de acuerdo con el momento histórico, la “literatura nacional” no será nunca un concepto homogéneo, sino al contrario una construcción en abierto, con amplias y diversas facetas, y que cambiará de acuerdo con las necesidades de afirmación y autodefinición de cada momento.

En América Latina, la construcción de cánones literarios nacionales siempre estuvo vinculada al proceso de formación y constitución de las naciones. De ahí la preocupación, presente en la producción literaria de los diversos países latinoamericanos, con la especificación de su singularidad, definida por rasgos que los difieren los unos de los otros y de sus matrices europeas. Con todo, esa preocupación siempre se ha expresado por una perspectiva ontológica, que ha llevado frecuentemente a una identificación entre la nación y su producción. Se buscaba constituir un *corpus* literario que fuera la expresión fiel del “espíritu nacional”, una especie de entidad abstracta homogénea, que ha muchas veces recibido designaciones como las de “brasilidad”, “argentinidad” o “mexicanidad”.

La independencia política de la mayoría de los países latinoamericanos, ocurrida en las primeras tres décadas del siglo XIX, ocasionó, en el medio intelectual de la época, una ola patriótica, que puede ser vista como el deseo de dotar a las nuevas naciones de lo que Antonio Candido ha muy bien definido, respecto al Brasil, como “una literatura equivalente a las europeas, que exprimiera de modo adecuado a su realidad propia”, o, en otras palabras, de una “literatura nacional” (Candido, 1981, 2, p. 9-10). La literatura era considerada, en ese período de la vida latinoamericana, como parte de un esfuerzo constructivo más amplio, que buscaba contribuir hacia la grandiosidad de la nación recién formada. Ella era

el respaldo necesario para la proyección de la imagen de esta nación, y debería presentar un perfil propio. Construir una literatura nacional vino a ser una especie de misión para los escritores de América Latina, que se echaron, entonces, en la búsqueda de aspectos que pudieran conferir especificidad a su producción, y, en consecuencia, volverla distinta, e incluso, por esta misma particularidad, a la altura, de la que venía de Europa. Sin embargo, en su afán de delinear lo que debería ser una literatura propia, esos escritores cayeron en contradicciones, que han conferido un carácter especial a la producción de la época: movimientos estéticos europeos era importados por la *intelligentsia* latinoamericana y transformados en contacto con la nueva tierra, pero la visión de mundo que los había originado se mantenía muchas veces casi inalterada, lo que ocasionaba, en el discurso literario, disonancias insolubles. Se afirmaban valores locales con una mirada internalizada de Europa y se defendía la construcción de una nueva tradición, que tenía como referencia la antigua matriz.

En el siglo XIX, el discurso literario en América Latina no se disociaba mucho del político. Al contrario, ambos se hallaban comprometidos con el proyecto común de constitución de las naciones recién creadas; de ahí su preocupación con el idioma nacional y con una temática que representara al continente. Surgieron extensas polémicas sobre las diferencias del español y del portugués de América y los movimientos estéticos se volvían hacia cuestiones locales, aunque vistas por una perspectiva europea. El Romanticismo, movimiento dominante en Europa en aquella época, no estuvo inmune a esas contradicciones. Importado por las elites intelectuales latinoamericanas, él pasó, en el nuevo contexto, por expresiva transformación, pero mantuvo, por otro lado, gran identidad con los ideales europeos que habían contribuido para su formación. Fiel a sus premisas básicas, que clamaban por originalidad y singularidad, tanto en lo individual como en lo colectivo, el nuevo estilo ha estimulado en América Latina el culto a los elementos locales, que pasaron a dominar a la producción literaria. Esos elementos, que se extendían desde la fauna y flora tropicales hasta la configuración del indígena como símbolo de la nueva tierra, fueron ampliamente utilizados por novelistas y poetas, pero eran en general abordados por una perspectiva exótica. El indio era idealizado a la manera de Chateaubriand y casi siempre concebido como una figura contradictoria: físicamente era el habitante de la nueva tierra, el americano, pero sus valores eran los de un caballero de la Edad Media europea, anacrónico y ajeno a su contexto.

El sentimiento de dependencia que marcó a los intelectuales latinoamericanos ha cambiado considerablemente en el siglo XX, primero con los movimientos de Vanguardia en América Hispánica y el Modernismo en Brasil, y en seguida con el llamado *boom* de la narrativa de mediados del siglo. De modo diverso a lo

que pasó en el siglo XIX, cuando los movimientos estéticos eran simplemente importados y adaptados al contexto latinoamericano sin que se tuvieran en cuenta las diferencias del contexto de recepción, con las Vanguardias hispanoamericanas y el modernismo brasileño las importaciones de los movimientos europeos pasaron por un proceso de transculturación según el cual los rasgos de esos movimientos se mezclaron con elementos locales, y han dado origen a algo nuevo, con un perfil propio, pero en cuya configuración se reconocían aspectos tanto de esos movimientos locales como de las Vanguardias europeas. En la narrativa de mediados del siglo, este fenómeno se subrayó de tal modo que ha generado una extraordinaria proyección de la literatura latinoamericana en el plano internacional hasta el punto de influenciar otras expresiones literarias y de permitir un diálogo en pie de igualdad con la producción proveniente de los contextos hegemónicos. Es el caso, por ejemplo, del rol ejercido por García Márquez con la publicación de *Cien años de soledad*, y antes de él, por Borges, cuya obra Foucault declara haber sido el punto de partida de su libro *Les mots et les choses* (1966).

Esa toma de conciencia de parte de los escritores latinoamericanos marca la transición de un sistema jerárquico, típico de todo proceso de colonización, basado en la dicotomía centro *versus* periferia, para una situación de equilibrio vuelta hacia la búsqueda de un verdadero intercambio. Sin embargo, pese a su importancia, el fenómeno parece haberse restringido a la creación literaria. Los discursos de la teoría, la crítica y la historiografía literarias, como el discurso de la enseñanza de la literatura, continuaron a tomar como referencia a las obras producidas en Europa y se limitaron a reproducir las voces provenientes del viejo continente. La Crítica literaria latinoamericana, como ha señalado Octavio Paz (1967), no se ha nutrido, de manera general, de un pensamiento propio, y como tal no ha llegado a constituir una tradición. Hay, sin duda, casos aislados de intelectuales latinoamericanos que han tejido lúcidas reflexiones sobre la literatura del continente, pero lo que ocurría casi siempre era la simple importación de corrientes del pensamiento europeo, que pasaban a ser empleadas indiscriminadamente como modelos de evaluación estética. Ese fenómeno, ya bastante significativo en el siglo XIX, sigue teniendo fuerte presencia aún hoy. Basta, por ejemplo, echar una mirada a la enseñanza de la literatura para observarse la cantidad de corrientes teóricas que se suceden prontamente sin que el pasaje de una a otra corresponda, como afirma Roberto Schwarz (1987, p. 30), “al agotamiento de un proyecto”. No hay un proyecto intelectual que defina a la actuación de esas corrientes ni una reflexión sólida que evalúe con criterios la contribución que ellas puedan portar a la Crítica y la enseñanza de la literatura. Lo que prevalece es el puro gusto por la novedad, la moda, y la actitud colonizada de importar a toda costa el producto de la metrópolis.

Del mismo modo que esas corrientes del pensamiento eran importadas con avidez de Europa y sus conceptos y categorías eran considerados fundamentales a la apreciación estética, los movimientos y escuelas literarias latinoamericanos eran siempre vistos por la Crítica como extensiones de sus equivalentes europeos, y los autores y obras como inferiores a sus contemporáneos de la metrópolis. En este caso también el elemento de afuera se revestía de un carácter de ejemplaridad, y la producción de Latinoamérica, relegada a un nivel secundario, no pasaba de un reflejo estilizado de los modelos creados en Europa. Se estudiaba a la literatura latinoamericana a través de paralelos desventajosos que la ponían siempre en posición de inferioridad y se clasificaban autores y movimientos a la luz de una historiografía ajena e inadecuada. El resultado inevitable era la acen- tuación de la dependencia y la ratificación incontestable del estado de colonialis- mo cultural aún dominante en el continente.

El hecho de el discurso literario fornecer respaldo a la construcción de las naciones recién creadas ha dado origen a los cánones de los diversos países lati- noamericanos, y la creación de esos cánones fue consolidada por las historias literarias escritas a partir de entonces. Tales historias, que se han vuelto una ref- erencia para el estudio de la literatura en América Latina, eran básicamente de dos tipos: vueltas o específicamente hacia una única nación o hacia el continente como un todo, y en este último caso eran divididas de acuerdo con un criterio nacional, es decir, cada parte era dedicada a una de las diferentes naciones que integraban al continente. Mismo cuando la nación no era la principal referencia en la división de los capítulos, sino periodos políticos o movimientos estéticos, había una especie de subdivisión dentro de los capítulos, según la cual las diver- sas producciones nacionales eran distinguidas las unas de las otras. La produc- ción literaria que hacía parte de esas historias o que era simplemente mencionada en ellas era siempre la que había sido definida como canónica, o sea, la literatura producida en idiomas europeos y expresa a través de géneros o estilos acordados a los patrones europeos. Así, todo tipo de manifestación literaria que no se adec- uara a esos modelos era considerada no-representativa de esos países y excluida de esas historias literarias.

El caso de Brasil es un poco distinto del de las otras naciones latinoamerica- nas por tratarse del único país del continente en que se habla el portugués. Allá, no se van a encontrar historias literarias vueltas hacia el continente como un todo, sino solamente hacia el país como una unidad nacional. Sin embargo, los mismos criterios empleados en la creación de historias literarias hispanoamericanas se encuentran también allí: la única producción literaria que se tiene en cuenta es la escrita en portugués y en conformidad a los géneros y estilos europeos. Toda la producción presente en géneros populares como la “literatura de cordel” no era

considerada literatura, ni tampoco el gran número de narrativas o de expresiones poéticas presente en la tradición oral de las comunidades indígenas y africanas. Las historias literarias brasileñas, como también las hispanoamericanas, se limitaban en general al canon, construido por las clases dominantes de la sociedad, que, contradictoriamente, estaban creando nuevas naciones basadas en aquellas contra las cuales luchaban, pero cuya visión de mundo habían interiorizado.

El estudio de la literatura en América Latina presentó las mismas tendencias que en Europa, es decir, en fines del siglo XIX predominó la perspectiva historicista, y en mediados del siglo XX hubo una predominancia de las corrientes formalistas provenientes sobre todo del Formalismo Eslavo, de la Estilística española, alemana y suiza, del New Criticism angloamericano y del Estructuralismo francés. Sin embargo, ese cambio de perspectiva no tuvo el mismo efecto que en Europa. La búsqueda de universales presente en esas corrientes y el anhelo de crearse modelos que fueran extensivos a cualquier contexto, sin tener en cuenta diferencias históricas y culturales entre el *locus* de producción y el de recepción, contribuyó a ratificar el estado de dependencia cultural aún dominante en el continente. El discurso de la Teoría Literaria adquirió aires de ciencia, volviéndose totalitario y a-histórico, y, como los polos más avanzados de los estudios literarios se localizaban en las grandes ciudades del occidente europeo y los teóricos más relevantes o vivían o eran provenientes de aquellos locales, sus teorías eran importadas ciegamente y aplicadas a la literatura latinoamericana. Además, como sus reflexiones habían originado de un corpus literario proveniente de aquellas metrópolis, esa producción adquiría una dimensión universal y era vista como ejemplar. El resultado fue una visión profundamente etnocéntrica y mono-cultural que tomó la producción tanto literaria como teórica de Europa como referencial canónico y calificó a la producción latinoamericana como secundaria o periférica. Esa visión alcanzó su punto culminante en los años dorados del Estructuralismo francés cuando incluso los textos latinoamericanos seleccionados para ser estudiados en las escuelas y universidades eran casi siempre los que hacían parte del canon de cada país del continente, que había sido erigido con base en los modelos europeos. Todo tipo de producción popular o de grupos no-privilegiados, como las comunidades indígenas o africanas presentes en todo el continente, era dejado de lado y rotulado peyorativamente de folclórico.

Con el advenimiento de la Desconstrucción y de los Estudios Culturales y Poscoloniales, la manera tradicional de abordaje del fenómeno literario sufrió un duro golpe en América Latina. Con la primera de esas corrientes, la perspectiva binaria que se hallaba en la base del pensamiento estructuralista fue puesta en jaque y se pasó a adoptar una perspectiva más inclusiva. Con los Estudios Culturales, las estructuras cristalizadas de la metafísica occidental que favorecían

a ciertas culturas y tipos de conocimiento en detrimento de otros fueron cuestionados, y la reacción que se desarrolló contra todo tipo de sistema homogeneizador ha dado lugar a otros tipos de discurso hasta entonces excluidos de la órbita de los estudios literarios y a la producción de otras culturas que no pertenecían al canon. Finalmente, con los Estudios Poscoloniales, surgió una gran reacción a todo tipo de jerarquía de poder y se pasó a defender el estudio de las relaciones recíprocas entre formas y producciones literarias provenientes de fuentes diversas y universos culturales distintos. En la esfera de la Literatura Comparada, por ejemplo, la literatura latinoamericana pasó a ser vista no más como puramente influenciada por la europea, sino como una producción capaz de establecer un diálogo en pie de igualdad con ella. El resultado de esos cambios fue el cuestionamiento de algunos de los principales pilares que sostenían el modelo nacional y la búsqueda de alternativas: los conceptos de “nación”, “idioma” y “literalidad” dejaron de ser vistos como los únicos referenciales para los estudios literarios y los cánones de las llamadas “literaturas nacionales” se volvieron motivo de intensos debates.

El cuestionamiento del concepto de “nación”, cuya identificación con la idea de estado-nación fue revelada por Benedict Anderson y otros como una construcción del siglo XVIII, resultante de intereses políticos y económicos específicos, y por tanto pasible de desconstrucción, llevó muchos historiadores literarios contemporáneos a ver a la relación entre literatura y nación no más como dominante en la constitución de sus historias. Esos investigadores tomaron conciencia de que, así como la nación, había otras “comunidades imaginadas”, basadas en referenciales de otra suerte como idioma, etnia o religión, que también poseían una producción vigorosa, y pasaron a considerar a ese hecho en la constitución de sus historias. Los historiadores literarios latinoamericanos no constituyen excepción a esa regla. Ellos comenzaron a ver que el propio concepto de nación era una construcción europea que había sido impuesta arbitrariamente al continente por las clases dominantes de la sociedad de modo a hacer prevalecer sus intereses, y en consecuencia pasaron a tener en cuenta otros referenciales, relativizando la autoridad del modelo tradicional.

Además, el modelo que tomaba a la nación como referencial principal en la constitución de historias literarias en general no tenía en cuenta ni las diferencias regionales dentro de una misma nación ni la existencia, tan común en Latinoamérica, de una región cultural y/o social que trasciende las fronteras de diversas naciones, como es el caso de las regiones andina o amazónica, o aún de regiones como la ocupada por un pueblo como el Aymara, que fue posteriormente dividida por razones políticas en cuatro países distintos. Al considerar esas cuestiones, los nuevos historiadores han generalmente optado por una no-

ción de cartografía que, sin descartar completamente a la idea de nación, tienen también en cuenta otros referenciales, como la noción de “región cultural”, que puede ser simplemente parte de una determinada nación o una región que la trasciende, incluyendo en este último caso a más de un país. En ese tipo de historia literaria, una región como la amazónica, o como los Andes o el Caribe, puede figurar tanto en los capítulos dedicados a los países de que hace parte como en un capítulo aislado como región cultural específica.

Así como en el caso de la nación, la indagación que se ha desarrollado respecto al concepto de “idioma” también tuvo un rol importante en la constitución de historias literarias, y en América Latina ese elemento ha sido particularmente relevante en función del número de idiomas aún hablados en el continente. Al cuestionar a los idiomas europeos dominantes como única forma de expresión en los países latinoamericanos, ese nuevo tipo de historiografía ha dejado de lado todo tipo de visión monolítica de la realidad del continente y ha dado lugar a la posibilidad de inclusión de un número considerable de registros lingüísticos alternativos provenientes de grupos hasta entonces excluidos de la esfera de los estudios literarios. Esas construcciones lingüísticas se extienden desde idiomas realmente distintos, como el quechua, *náuhalt* o guaraní, hasta estilos marginados, como los “dialectos populares”, e incluyen a los registros resultantes de la fusión del idioma de grupos de inmigración reciente con la lengua oficial del país en cuestión. Obsérvese en ese sentido que los idiomas europeos hablados en América Latina son en gran parte el resultado de un proceso de transculturación que les ha conferido un perfil propio.

De acuerdo con esa perspectiva, cada vez más frecuente en América Latina, no es más posible abordarse a la producción literaria del continente por medio de cualquier modelo lingüístico que busque eliminar las contradicciones entre los diferentes pueblos y culturas, o, en otras palabras, que busque conferir homogeneidad a lo que es diverso. El carácter múltiple y plural de la producción latinoamericana requiere el abandono de cualquier discurso monolítico sobre ella y rechaza el sujeto fuerte y bien-establecido que sostiene ese discurso, dando lugar a la heterogeneidad de ambos esos elementos, y consecuentemente a un tipo de expresión complejo y con múltiples facetas. Al ver a la cuestión por esa perspectiva, los intelectuales latinoamericanos han vuelto audible un gran número de voces que habían sido silenciadas hace siglos. Con eso, comunidades indígenas y afrodescendientes cuyas producciones nunca habían sido consideradas con seriedad pasaron a ser estudiadas en el medio académico y muchos centros especializados han sido creados para el desarrollo de esos estudios. La producción de nuevos grupos de inmigrantes de origen diverso, pero sobre todo de Europa y Asia, pasaron también a ser estudiados, y nuevas áreas de especialización fueron creadas en las universidades.

Finalmente, con el cuestionamiento que se ha hecho respecto al concepto de “literalidad”, los nuevos historiadores de la literatura pasaron a incluir en sus obras otros tipos de discurso que trascienden a la escritura puramente artística o imaginativa y pertenecen a la cultura en general. Entre esos, se encuentran textos que tradicionalmente hacían parte de otras áreas del conocimiento, como la Antropología, la Sociología, la Historia o la Filosofía, y que ahora son también considerados fundamentales para el conocimiento de la Literatura. Ahora, además del estudio de textos, géneros, estilos y topos, que por tanto tiempo dominaron las obras de Historia Literaria, se le ha dado importancia también al análisis del campo en el que la experiencia literaria fue producida. El resultado es que los discursos sobre la Literatura adquirieron un nuevo enfoque que pone en jaque las barreras entre las disciplinas instituidas por el pensamiento iluminista, y el canon ha perdido su sentido unívoco y autoritario, volviéndose, lo más posible, una estructura flexible, pasible de constante reformulación.

No hay duda de que esas transformaciones no ocurrieron de modo simple o armonioso. En la enseñanza de la literatura, por ejemplo, se ha verificado una clara disputa entre dos posiciones distintas que, al principio, asumieron un tono bastante radical. De un lado, hubo docentes que, entusiasmados con la abertura del canon, pasaron a utilizar en sus cursos solamente textos anticanónicos, es decir, textos hasta entonces considerados inaceptables en cursos de Literatura, y de otro lado, ha surgido una reacción en nombre de valores estéticos que parecían haber sido dejados de lado o relegados al mismo nivel de otros tipos de discurso. Esas posiciones extremas no duraron mucho, pero sus consecuencias todavía pueden ser sentidas, aunque en menor grado, cuando se comparan los currículos de universidades diferentes y a veces la configuración de diferentes institutos dentro de la misma institución. En muchos casos, todavía se adopta la perspectiva nacional, pero en muchos otros se nota una tendencia creciente hacia la adopción de una perspectiva más flexible que busque sustituir todo tipo de visión homogénea en el estudio de Literatura por un constante cuestionamiento de cualquier tipo de estructura fija, sea respecto a los viejos principios (nacionalistas o lingüísticos) con que nuestros cánones han sido creados, sea con relación al carácter excluyente de los estudios literarios que insistían en la superioridad del elemento estético sobre los demás tipos de discurso. En este último caso, los cánones que sirvieron de base a las diversas literaturas latinoamericanas y que respaldaron su construcción como estados-nación con un idioma oficial europeo han perdido su carácter hegemónico y los *corpora* literarios utilizados en los cursos de esas instituciones no más se restringen al aura de la estética tradicional.

En la producción de historias literarias no se puede hablar de la misma dis-

puta, porque los cambios ocurridos en este campo son aún muy recientes. Hasta el presente, se siguen publicando historias literarias tradicionales, pero al lado de otras altamente innovadoras, y estas últimas se han vuelto cada vez más apreciadas. Junto a estas historias innovadoras y como resultado de las investigaciones en el área, ha sido publicado un gran número de versiones “no-oficiales” de historias literarias, sobre todo producidas por grupos minoritarios, marginados hasta recientemente. Entre las historias innovadoras surgidas en las últimas décadas, vale mencionar a tres, si no más, por el grado de innovaciones que han introducido: la serie *América Latina: palabra, literatura y cultura*, organizada por Ana Pizarro y publicada en tres volúmenes por el Memorial de América Latina, en São Paulo, en el año 1993, la serie *Literary Cultures of Latin America: A Comparative History*, coordinada por Mario Valdés y Djelal Kadir, y publicada en inglés por la Oxford University Press, en 2004, y la serie *Historia comparada de las literaturas argentina y brasileña*, organizada en seis tomos por Marcela Croce y publicada por la editora Villa María, en Córdoba, Argentina, de 2016 a 2019.

Las tres series constituyen un ejemplo de los cambios que se han verificado recientemente en el área de la Historiografía Literaria en América Latina – el abandono de todo tipo de narrativa maestra, basada en nociones de progreso y evolución, y la búsqueda constante de un tipo de narrativa plural y provisorio que no sólo tenga en cuenta las especificidades de la producción cultural del continente, sino también aborde a esos aspectos por una perspectiva distinta, es decir, por una perspectiva basada en el *locus* de enunciación del hombre latinoamericano. Los tres proyectos expresan la conciencia de la importancia de esas cuestiones y constituyen una tentativa de abordaje de la Literatura Latinoamericana por una perspectiva diferente. Son proyectos ambiciosos que han portado importantes contribuciones, pero que también presentan, como suele ocurrir con proyectos de esa dimensión, algunas limitaciones. Con todo, en términos generales, ellos constituyen un paso en adelante en el ámbito de la historiografía literaria en el continente, y son, principalmente, un estímulo a mayores investigaciones en el área.

Los proyectos mencionados revelan la importancia creciente de la historiografía literaria en el continente, y sobre todo la necesidad de búsqueda de nuevas perspectivas en la construcción de historias literarias que no sólo tengan en cuenta las contribuciones que han surgido en el área por las corrientes internacionales, como la Nueva Historia, empezada con los *Annales* en la primera mitad del siglo XX y que más tarde ha dado origen a la Historia de las Mentalidades y de la Vida Cotidiana, sino que también expresen una mirada que parta del propio continente, o, en otras palabras, de su propio *locus* de enunciación.

Referencias

ANDERSON, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso, 1983.

ANDRADE, Oswald de. Manifesto Antropófago. In: TELES, Gilberto Mendonça. *Vanguarda europeia e Modernismo brasileiro*. Petrópolis: Vozes, 1977.

BHABHA, Homi, org. *Nation and Narration*. London: Routledge, 1990.

BRAUDEL, Fernand. *Civilisation and Capitalism 15-18 Century*, vol. I, *The Structures of Everyday Life: The Limits of the Possible*. Trad. Sian Reynolds. London: Collins, 1981.

CANDIDO, Antonio. *Formação da Literatura Brasileira*. 6th ed. 2 vols. Belo Horizonte: Itatiaia, 1981.

CROCE, Marcela, org. *Historia literaria de las literaturas argentina y brasileña*. 6 vols. Villa María, Eduvim, 2016.

CORSE, Sarah M. *Nationalism and Literature*. Cambridge: Cambridge UP, 1997.

COUTINHO, Eduardo F. "Brazilian Modernism". In: EYSTEINSSON, Astradur & LISKA, Vivian, orgs. *Modernism*. 2 vols. Amsterdam/Filadélfia: John Benjamins Publ. Co., 2007, p. 759-768.

COUTINHO, Eduardo F. *Literatura Comparada: reflexões*. São Paulo: Annablume, 2013.

FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses: une archéologie des sciences humaines*. Paris: Gallimard, 1966.

GUIBERNAU, Montserrat. *Nationalisms. The Nation-State and Nationalism in the Twentieth Century*. Cambridge: Polity Press, 1996.

HOBBSBAWM, Eric. *Nations and Nationalisms since 1780: Programme, Myth, Reality*. London: Cambridge UP, 1990.

HUXLEY, Aldous. *Texts and Pretexts*. London: Chatto & dus., 1959.

PAZ, Octavio. *Corriente alterna*. México: Siglo XXI. 1967.

PIZARRO, Ana, org. *América Latina: palavra, literatura e cultura*. 3 vols. Sao Paulo: Memorial/Campinas: UNICAMP, 1993.

RAMA, Ángel. *La transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI, 1982.

SCHWARZ, Roberto. Nacional por subtração. In _____. *Que horas são? Ensaios*. São Paulo: Companhia das Letras, 1987, p. 29-48.

VALDÉS, Mario & KADIR, Djelal Kadir, orgs. *Literary Cultures of Latin America: A Comparative History*. 3 vols. Oxford: Oxford UP, 2004.

